

Francisco Pereña

El capitán Alegría y Walter Benjamin

Escribe Roman Gary en *La promesa del alba* que una vez concluida la guerra sólo los vencidos quedan liberados, no los vencedores.

¿No será esta afirmación de Roman Gary una afirmación meramente estética? El vencido, el derrotado, ¿liberado? El torturado, el fusilado, el excluido, el prisionero, ¿liberado? ¿O no será acaso un delirio redentorista según el cual el sufrimiento es en sí mismo liberador, purificador y salvífico, y que es como, a lo largo de los años, la victoria ha conseguido descansar sobre la aceptación del vencido? Se ha dicho que no hay poder que no predique la salvación. El discurso redentorista (contra la tenacidad de Reyes Mate) es el discurso del poder, incluso de su impunidad: te maltrato por tu bien, es en resumidas cuentas su mensaje, sin mí estarías perdido, etc. Roma, el Imperio que predica la Religión del Estado, perdura en el Vaticano, máxima expresión del estrecho vínculo que hay entre la historia de la redención y la organización física del poder.

Si no es a la liberación redentorista, ¿a cuál se refiere, entonces, Roman Gary? ¿Quizá es que el vencido puede adquirir inocencia a cambio de su derrota? Sin embargo, hasta el más vilmente torturado siente en su corazón la culpa: ¿qué mal he hecho para recibir tamaño castigo?, se pregunta. El llamado síndrome de Estocolmo refleja en su sorprendente sencillez el desamparo y la dependencia del sujeto ante quien se establece como amo y señor de su vida. Los personajes de esta otra pequeña novela de hermoso título, *El mar no baña Nápoles*, pobres y trastornados, son sumisos y culpables, no se sienten inocentes sino asustados, sobre todo asustados ante el temor a irritar a los padres, la policía o los “afortunados” (es decir, los ricos). Y, sin embargo, no cabe duda de su derrota, aún sin nunca atreverse al enfrentamiento. Son pobres, sumisos, aterrorizados de su propia miseria.

¿De qué son liberados los vencidos? ¿Será finalmente del peso de la victoria? ¿Pero es un peso la victoria? Cuenta Plutarco en *Cómo sacar provecho de los enemigos* que Demo aconsejaba a los vencedores de Quíos que no mataran a todos sus enemigos, no fuera que al quedarse sin ellos tuvieran que buscarlos en su propias filas (I, 91F). Sin duda eso es una carga. Sabemos de la necesidad de enemigo para el mantenimiento del poder y de la identidad. No hay pueblo o nación que no reciba la identidad de la sangre derramada por sus hijos y enemigos en el altar de la Historia. Como en el canto IV de la *Ilíada*, sólo los aqueos y troyanos muertos se confunden en el común sudario de la sangre y del polvo. Mientras viven se diferencian en la “simultad”, como diría Sánchez Ferlosio, de la lucha, de la pelea por el ser troyano o el ser aqueo, por la necesidad de victoria como razón y fundamento de la identidad. La identidad no le viene al sujeto, predicador y charlatán, precisamente de la palabra, sino de la acción, y la acción requiere la resistencia de aquello sobre lo que actúa, y puesto que el hombre actúa ante todo sobre el hombre, no habría entonces más genuina acción que la guerra. Esto es lo que hace al humano tan peligroso: la falta de identidad y el tener que conquistarla a costa del otro.

Dice el capitán Alegría [*protagonista de uno de los relatos de “Los girasoles ciegos” de Alberto Méndez*] que abandona el campo de los vencedores porque no comparte el deseo de matar, no quiere la carga que supone la *Gloriosa Cruzada* que no fue más que la inmólación en el altar de la fe de la sangre derramada de miles de cuerpos. Pero puesto que no se debe matar a todos o no se puede matar a todos si no se quiere quebrar la unidad del propio bando, se ha de proseguir la guerra para mantener esa unidad. Se ha criticado a Franco porque prosiguiera la Guerra Civil durante años. Pero ¿cómo podría de otro modo haber mantenido la *Gloriosa Unidad de España* si no es matando una y otra vez a sus enemigos, siempre renovados?

Si la guerra es inmoral, por la misma razón lo será la patria. Pero ¿quién decide la moralidad? ¿No es acaso el vencedor? Está, sin embargo, aquél, insidioso, que no ejerce la fuerza y presta una atención creativa a la derrota. Me refiero al libro de Alberto Méndez como ejemplo de esa “*atención creativa del amor*”, según la expresión de Simone Weil. La atención creativa es una mirada sobre quien ha sido destruido por la fuerza, llena de detalles, es crear vida en vez de matarla, dar vida a los vencidos, a los condenados y a los muertos.

El libro se llama *Los girasoles ciegos*, título de la cuarta derrota narrada y título también general. ¿Hay imagen más contundente que la de un girasol ciego? Un girasol ciego es la imagen del mayor espanto, soledad y extravío, no puede saber a dónde dirigirse, pues carece de pies y manos, de cualquier otra compensación sensitiva. Está fatalmente desorientado. El capitán Alegría, sin

embargo, parece orientarse, se orienta hacia el bando de los vencidos, de los que acaban de ser derrotados.

¿Por qué no se marcha a casa, sin más?, ¿por qué esa inmolación?, ¿tiene que ver con el descargarse del peso de la victoria? Es una vieja cuestión, una pregunta reiterada a lo largo de la historia, referida a Sócrates. De hecho, Sócrates dejó dicho, según el relato de Platón, que prefería sufrir la injusticia que ejercerla, que prefería ser víctima a ser verdugo. ¿Hay otra opción? Sócrates lo precisó: yo no quiero ser ni agente ni víctima de la injusticia, pero teniendo que elegir, elijo lo segundo. ¿Hay otra opción? Al menos está también esa opción.

¿Por qué Alberto escribe este libro? Desconozco sus motivos inmediatos, pero, sin duda, se orienta, como el capitán Alegría, hacia el lado de los vencidos. No viene propiamente de *la línea del frente*, de una Ciudad Universitaria que el general Asensio Cabanilles acaba de tomar, viene de la *línea de sombra* en la que la elección es irreversible y obstinada. Muñoz Molina se mostraba un poco irritado por el éxito de *Los girasoles ciegos*. Su irritación tenía la modalidad de reivindicar las obras de Max Aub y las de algún otro más desconocido, como por ejemplo, Luís Romero. Pero Muñoz Molina se ciega. Este libro está escrito por un desconocido, un naufrago de la línea de sombra. Max Aub o Luís Romero venían de la línea del frente, escriben de una experiencia desde su perspectiva de recuerdo. Alberto escribe de otros, pero sin embargo, de una experiencia personal, la de su encuentro o recorrido por la tristeza que guía la pluma de quien siente algún tipo de amor por sus congéneres y que únicamente en el vencido puede encontrar algún aliento de compasión, en el vencido o en el trastornado, pues a fin de cuentas el trastornado lo está por la derrota de quien mantiene su sensibilidad intacta, quiera o no quiera. Esta sensibilidad, esta pelea con el error trágico, aquel que cambia el modo de vivir, es lo que orienta la experiencia de Alberto Méndez; cuenta cómo, sin venir de la línea del frente sino de esa línea de sombra, de la más íntima subjetividad del hombre, se encamina al encuentro creativo con el vencido. No sé si esto tiene que ver con el sorprendente éxito del libro, eso nunca se sabe. De hecho los críticos oficiales no le prestaron la menor atención. Pero debía ser un libro esperado, oscuramente esperado. Con demasiada frecuencia nos desesperamos y a la vez nos aturdimos con la reiteración del mismo discurso repetido una y otra vez a lo largo de eso que llaman medios de comunicación, y terminamos por atribuirles el poder que se arrogan y sucumbimos a la “*calme plat, grand miroir de mon désespoir*”, verso de Baudelaire que encabeza el texto de Conrad *La línea de sombra*. Esa *calme plat* posee el horror de la eternidad, de lo inerte. Ningún viento invisible mueve su velamen.

Pero sucedió que Alberto Méndez escribió entonces sobre lo censurado, aquello que había sucumbido al silencio del terror franquista que proseguía en la llamada transición política. Luego escribe sobre la línea de sombra que guía a

quien consigue decir la asfixia moral que no encontraba la manera de decirse, pues esa manera no era tampoco el grito de protesta o la reclamación, sino que exigía atravesar la línea de sombra y rendirse allí, como el capitán Alegría, al vencido. En ese recorrido por la línea de sombra no se busca el éxito. El éxito de este libro ha sido una consecuencia no buscada, ni siquiera prevista, ha sido una coincidencia entre la mirada y la luz. Coincidió que el esfuerzo que hay en esa escritura por encontrar palabras nuevas de tan olvidadas (y que algunos han incluso criticado como exhibicionismo estilístico) no era mero narcisismo literario. Este libro, este único libro, tenía quizás la vocación o la anticipación de ser el único libro de su autor. El cuidado de estilo, la “atención creativa” que guía esta escritura, responde al propósito de convertir aquella violencia zarrapastrosa y vocinglera de la victoria en lo que de verdad fue: un sufrimiento. No hay otra comunidad del frente, contra lo que creía el soldado de la “movilización total”, Ernest Jünger, que el sufrimiento. El capitán Alegría lo sabe y por eso no vacila, sabe que la *Gloriosa Cruzada* es a la hora de la victoria un asesinato, por eso no vacila en cruzar la línea del frente y buscar lo que le puede salvar de la barbarie: el amor al vencido, el común sufrimiento. El estilo cuidadoso, la búsqueda tensa de la palabra que diga ese sufrimiento, es la línea de sombra que cruza este esfuerzo silencioso por tratar la crueldad meramente por lo que es: sufrimiento. No es un ajuste de cuentas, no es el lamento por una venganza aplazada, es un canto nocturno de la orfandad y muerte, de la miseria que la metafísica de la Patria provoca en los hombres. Por eso no es un libro ideológico. La militancia política de Alberto en tiempos de oscuridad, tomó el pulso del dolor del derrotado y pudo oír ese canto nocturno, ese himno de la noche, tras las proclamas ideológicas sobre la derrota del tirano. Y luego, con el tiempo, la escritura creó ese recorrido por la línea de sombra, por el revés de la victoria y de la ideología, esclava ésta a fin de cuentas del mismo discurso de la victoria.

Sólo así puedo entender el éxito del libro, el que dijo lo censurado por el pacto, no contra el pacto, sino lo censurado por el pacto. Tampoco la épica de la gesta heroica, sino la violencia desnudada de toda épica, es decir, la crueldad y el sufrimiento producido por esa crueldad común, no disimulada, y que enfrenta al sujeto con la supervivencia a la hora de su definitiva destrucción, último gesto de la permanencia del sujeto que este libro rescata como un respiro. Ante la asfixia de una política corrupta, de una atmósfera de acuerdos democráticos malogrados porque no eran más que una concesión de los herederos de la victoria a cambio de impunidad total y eterna, este libro ha sido un respiro y en él se puede uno asomar a esa rendija para respirar un rato. No es otro su éxito, extraño éxito, misterioso, que apunta al final quizás a un deseo de sobrevivir como “*sujeto trascendental*”, por decirlo con las palabras de Novalis, himno de la noche cuando el ruido de la normalidad, es decir, el ajeteo del intercam-

bio mercantil, ha bajado al menos su tono. En ese canto nocturno el hombre no es sólo la más temible ave de rapiña, es también un espíritu tembloroso. Causar daño es una pasión intensa y estúpida, pues quien enarbola la espada desencadena también su propia destrucción. El capitán Alegría huye en la dirección contraria, la dirección del vencido, del maltratado y derrotado, prefiere ser destruido por la destrucción de la victoria. Rehuir pasar esa línea, refugiarse en casa, es permanecer en el bando del vencedor, ser su compinche, lo que siempre buscamos para vivir. Pero puede pasar el tiempo y esconderse uno en la común insensibilidad, como hoy hacemos, pero pronto o tarde seremos convocados de nuevo a la victoria o a la derrota. El éxito del libro de Alberto es un consuelo, por efímero que sea, ya que el éxito, si perdura como mercancía, es siempre destructivo porque ignora su origen. En el origen de este libro no está el éxito. El capitán Alegría no cruza la línea del frente camino del éxito sino camino de la compasión que la “moral del éxito” tanto desprecia. Escribía, por ejemplo, Victor Cousin:

Yo declaro la victoria necesaria y útil... Me propongo demostrar la modalidad del éxito. De ordinario no vemos en el éxito más que el triunfo de la fuerza, de ahí esa especie de simpatía sentimental o compasión que nos arrastra hacia el vencido. Espero haber demostrado que... el vencedor no sólo sirve a la civilización sino que es el mejor, el más moral y que por eso es precisamente el vencedor. Si no fuera así, habría contradicción entre moralidad y civilización, lo que es imposible, dado que una y otra no son más que aspectos distintos de la misma idea (Cours de philosophie, citado por Reyes Mate).

Victor Cousin no cruza la línea del frente en la dirección contraria como el capitán Alegría, la cruza para romperla y matar al enemigo. Esa victoria declara su moralidad por el hecho mismo de vencer. Lo que era un acontecer contingente, el exterminio civilizador, se ha convertido en ley de la historia, es decir, en necesidad. Ésa es la moral del éxito, convertir la victoria en necesidad, por lo que lo vencido es despreciable, es desecho y olvido. He aquí una filosofía de la historia que es la muerte de la historia, puesto que la vida de los hechos consiste en que son consecuencias de actos contingentes y no de ninguna verdad histórica. La necesidad refiere el hecho a una unidad superior en el que la ley del acto desconoce sus consecuencias, las cuales no serían a lo más, más que meros efectos de esa ley de la historia en la que *verum et factum convertuntur*, y no hay otra verdad que el hecho mismo convertido en dato inmutable de un designio, de una ley natural o divina en suma. Pero el hecho encierra en su línea de sombra las huellas de lo que no fue, de lo que no sucedió como consecuencia de lo que triunfó, lo que devuelve al hecho victorioso el carácter de una contingencia, de un acontecimiento que el vencedor pretende tomar como dato necesario para así esconder el crimen.

En las antípodas de Victor Cousin tenemos a Walter Benjamin, que el mismo año de la victoria de la Gloriosa Cruzada escribió sus tesis *Sobre el concepto de historia*. La tesis VII reza de este modo:

Fustel de Coulanges recomienda al historiador que quiera revivir una época, que se quite de la cabeza todo lo que sepa que ocurrió después... Es el método de la empatía. Nace de la desidia del corazón, de la acedía, que da por perdida la posibilidad de adueñarse de la auténtica imagen histórica, esa que brilla fugazmente. Los teólogos de la Edad Media la consideraban causa profunda de la tristeza... La naturaleza de esa tristeza se hace más evidente cuando se plantea la pregunta de con quién entra en empatía el historiador historicista. La respuesta es que, innegablemente, con el vencedor. Ahora bien, quienes dominan una vez se convierten en herederos de todos los que han vencido hasta ahora. La empatía con el vencedor siempre les viene bien a quienes mandan en cada momento... quien hasta el día de hoy haya conseguido alguna victoria, desfila con el cortejo triunfal en el que los dominadores actuales marchan sobre los que hoy yacen en tierra. Como suele ser habitual al cortejo triunfal acompaña el botín. Se le nombra con la expresión de bienes culturales... Todos los bienes culturales... tienen un origen que no se puede contemplar sin espanto... No hay un solo documento de cultura que no lo sea a la vez de barbarie. Y si el documento no está libre de barbarie, tampoco lo está el proceso de transmisión de unas manos a otras...

Quería titular este texto *El capitán Alegría, personaje de Walter Benjamin*, pues nadie como el capitán Alegría ilustra este pasaje de Benjamin. No forma parte de la historia objetiva, aquella que quiere estudiar los hechos sin sus consecuencias como vanos datos objetivos, como si no fueran las consecuencias las que iluminan, aunque sea fugazmente, ese pasado. ¿Por qué Benjamin tacha a tal concepción de la historia de acedía? Acedía, palabra latina que permanece igual en los diversos idiomas, en alemán, en italiano, en inglés, en francés y en castellano, con la que se nombra el pecado monacal de la desgana por las cosas de Dios o cosas del espíritu, como luego precisó el Aquinatense. “*Desidia del corazón*” es la definición de Benjamin, no es pues la simple pereza, es la versión inerte de la historia. Tristeza del corazón, era la expresión de Juan Casiano, en su libro sobre los cenobios, para nombrar esa desazón y tristeza por falta de amor o deseo, inapetencia de saber y pereza del realismo muerto de confort.

Lo que mueve la historia, su vida, es su contingencia, su sinsentido, su falta de destino. La contingencia y su enigmático sinsentido introducen la dimensión del cambio. Cada vez que vemos el rostro del derrotado en cualquiera de sus figuras trastornadas, sea el pobre, el vencido o el loco, o ese niño decrépito y aterrorizado, se nos revela la mueca del vencedor, su real crueldad, la barbarie

que hay “tras todo documento de cultura”. Un día nos enteramos de que aquella hermosa y triste mujer era hija de un derrotado o topamos con los ojos desorbitados por el desconcierto de un trastornado, o una mujer mendiga una limosna, y entonces percibimos que el orden establecido tiene un origen que no se puede contemplar sin espanto, que sólo es victorioso y que entre sus pliegues se guarda aún el hedor de los cadáveres.

(Por ejemplo, un día descubrí que alguien era comunista y oía Radio Pirenaica, y entonces miraba y miraba su rostro huidizo, puede que asustado, queriendo saber no sé qué, cómo era, qué misterio guardaba. Supe que era un derrotado cuya existencia misma ponía en cuestión el orden católico-franquista que dominaba todos los resquicios, como cuando un día espí a un loco que se subía a un olivo para hablar con los extraterrestres y que por eso los niños le llamábamos “el emisora”. Ambos tienen una cosa en común, que ninguna victoria que se proponga como orden natural es de fiar, ni la del poder ni la del sentido).

Un comunista en el mudo desierto franquista o un loco en los bancos de la iglesia, revelan la línea de sombra que desdibuja la pantocracia del poder, en suma, lo que Hegel llamó el “*escándalo de la contingencia*”, ya que sin la ley de la historia es “*como si el mundo fuera un acontecer demente y necio*”, es decir, lo que es. Los más estrictos programas de exterminio nunca consiguen borrar todas las huellas de los vencidos y, en consecuencia, esas huellas pueden luego aparecer como testimonio del revés de la trama de lo que pudo ser otra cosa por derrotada que esté. La derrota es la condición del cambio, la derrota que se esconde en la sombra de la supuesta victoria total. La victoria nunca es total, está manchada por el sinsentido, por la crueldad, y por las huellas de los derrotados, y esas huellas son sus líneas de fractura, la inscripción del cambio, aunque no tenga finalidad alguna. Como dice el poema de Brecht, en los bloques de piedra de la ciudad de Tebas están marcadas las huellas de quienes los arrastraron.

El libro de Alberto Méndez no fue una simple denuncia, descubrió de pronto la vida de las huellas de los derrotados, de esas cuatro derrotas que cuenta, que ya se habían dado por estériles y desaparecidas. Su novedad es que su escritura da vida a esas huellas, no es una simple historia, es un descubrimiento de esas huellas del pasado. “*Tal vez el pasado está siempre por descubrir*”, dice el aforismo 34 de la *Gaya Ciencia*. Su descubrimiento exige abandonar la competición y la inocencia. El derrotado no es inocente, le cayó en suerte descargarse de la victoria y sentir el frío del sufrimiento que trae la victoria. Su descubrimiento es mancharse, sentir el frío de su umbría anónima, de su fracaso. La historia la escribe el vencedor o su escriba, el que decreta la objetividad de la historia. El libro de Alberto Méndez no es sólo un testimonio de una época, es un descu-

brimiento actual de ese pasado, es la escritura de ese descubrimiento. Las cosas nunca ocurren como se planifican. Los banqueros son los antiguos ladrones de las “escuelas de caridad” de los que hablaba Mandeville, pero de pronto un día se revela su espantoso origen, que son sólo avaros, mendaces e hipócritas atracadores vestidos con trajes de fiesta. De igual manera, de modo inesperado, las huellas de los derrotados empiezan a cobrar vida sin conocer su destino, mejor dicho, sin tenerlo, pero con el temblor de lo nuevo. Ésta es la novedad del libro de Alberto Méndez que se expande de manera sorprendente por miles de lectores desconocidos que sienten sacudirse la sumisión a los “hechos establecidos”, como si fueran datos del designio histórico. La escritura de este libro es la vida de las huellas de esos derrotados, de los excluidos del sentido.

Ver hoy finalmente a unas personas limpiando con mucho cuidado la tierra que cubre huesos tan antiguos, no es una simple denuncia, es un descubrimiento del pasado, pero no simplemente de unos huesos o de unos esqueletos que buscan un nombre, es un descubrimiento de la vida presente de ese pasado. El terror de Fraga Iribarne es al retorno vivo de un pasado que él creía no sólo derrotado sino ya muerto. No es así, esos huesos están vivos como huellas actuales de una derrota, de una contingencia que fue una posibilidad derrotada, la que fuera, pero que al menos supone la quiebra de la necesidad, como si fuese una posibilidad que ninguna victoria puede definitivamente borrar. No es la cuestión el contenido de esa posibilidad sino la condición contingente del acto que vive en y de sus consecuencias, no tanto en los hechos externos sino en esos rostros de la intimidad. Mirar el acto en sus consecuencias es mirar el rostro del trastorno en la mirada que revela la intimidad de una experiencia, de un sufrimiento. Cuando contemplo la tarea de exhumación de las fosas, reconozco el silencio y el temblor de la palabra recién descubierta que la escritura de Alberto expresa de forma tan natural. Esto sería a mi parecer una buena ilustración de lo que he propuesto como clínica de la compasión, clínica de la memoria y de la compasión para ser más exactos, para nombrar la clínica del sujeto, de ese trastorno que es el vivir para el humano, trastornado por el odio y la dependencia, por el daño que hace y que recibe, por esa demencia.

Desconozco el fundamento jurídico del procedimiento iniciado por el juez Garzón. Su valor es otro, es una especie de respiro moral para quienes en la transmisión de la derrota eran testigos de que aquellas huellas desaparecieron. Creo que el libro de Alberto Méndez es un indicio, en el año 2004, de lo que cabría llamar el final o la decadencia de la transición política. No es la recuperación de pruebas jurídicas o históricas lo que guarda mayor interés, sino el descubrimiento de la cara oculta, del espanto de la victoria, el descubrimiento de la derrota en el trastorno de la intimidad de quienes padecen el terror de la victoria.

El canto 24, el último canto de la *Ilíada*, cuenta cómo Aquiles entrega el cadáver de Héctor, derrotado, a su padre Príamo, cuenta cómo Zeus está irritado “*porque con enloquecidas mientes tiene el cuerpo de Héctor en las corvas naves y no lo ha devuelto*” (115) y envía a Tetis para mostrar a Aquiles la ira de los inmortales y pedirle que ablande el ánimo. El modo como inicia Tetis su reproche es elocuente: “*¿Hasta cuándo con estos lamentos y angustias te vas a carcomer el corazón sin acordarte ni del pan ni de la cama? Bien estaría que te unas a una mujer en el amor...*” (128). Antes de comunicarle la irritación de los dioses, lo que primero le dice es que su actitud vengativa le ata a la muerte y le incapacita para el amor, pues si en efecto el amor es el no ejercicio de la fuerza, quien sólo quiere la fuerza está inutilizado para el amor. El lamento de Hécuba, esposa de Príamo y madre de Héctor, es desconfiado, nada espera del vencedor Aquiles sino que acabe con la vida de su esposo y padre de su hijo, “*pues ese hombre es carnicero y traidor y no te respetará en absoluto*” (207). El encuentro entre Príamo y Aquiles es especialmente querido por Homero, quien ya había repetido en cantos anteriores cómo troyanos y aqueos se esparcen muertos, cubiertos por el mismo polvo y la misma sangre, confundidos unos con otros (IV, 543). La muerte hace iguales a todos los hombres y revela el espanto del guerrero. Príamo y Aquiles lloran juntos la común desdicha de sus muertos (510).

La muerte iguala a los hombres, nada los diferencia a la hora de la muerte, ésa es la ley de hospitalidad con los muertos también establecida por San Pablo. Siempre la victoria quiso ocultar su propio espanto dando sepultura al cuerpo del vencido. Es la ley no escrita, superior a la ley de los hombres. Ésta es, como se sabe, la tesis de Antígona contra el miserable Creonte.

Quiero llamar la atención sobre el hecho meramente simbólico de que dar sepultura al vencido, con el que siempre el vencedor ha querido ocultar la vergüenza de la victoria, no sólo no se dio en España, tras la guerra civil, sino que aún hoy es rehusado por los herederos de la victoria, entre ellos el clero, el más ruin y miserable, pues son ellos, los clérigos, quienes con más vehemencia y por mor de su doctrina deberían clamar, como los dioses del Olimpo, por los cadáveres de los derrotados, lo que demuestra de nuevo cómo la Iglesia en España más que religiosa es simple abanderada de la Patria y del Terror. No en vano Alberto Méndez reservó su potente metáfora de los girasoles ciegos para referirla al único cura que aparece en sus cuatro derrotas. Ese cura se convierte en un girasol ciego una vez que ha contemplado el revés de la Cruzada, su barbarie.

De manera incomprensible ha sido poco tenido en cuenta el terror franquista. Una espesa niebla de silencio lo cubre. Está el terror de la tortura y de los fusilamientos. Ése es el terror de todas las guerras. Pero está también el terror del

silencio y del anonimato. Éste es su rasgo más específico. El terror franquista será conocido más por ese silencio que ha terminado por esterilizar las conciencias que por los desaparecidos. Ese silencio con el que crecimos se mantuvo entre los derrotados como una mordaza, pero se propagó al resto, durante años y años, como una idiocia moral, hasta el punto de que cualquier referencia al terror franquista ha terminado siendo objeto de burla y desprecio. Incluso quienes prosperaron al son de la transición política tomaron esas mismas referencias como manifestaciones de ese “sentimentalismo compasivo” que Victor Cousin, en defensa de la moral del éxito, despreciaba. Eso demuestra que ese silencio no es mera imposición externa sino que se ha convertido en un modo de confusa insensibilidad, que algunos han compensado buscando con pasión los testimonios del exterminio nazi. Pero en lo que al terror franquista se refiere, una *calme plat* nos ha convertido en idiotas para quienes hablar de ello es algo de mal gusto. Ésta es la expresión mayor y más específica del terror franquista.

Roman Gary ilustra la tesis VII de Benjamin. Abandonar el desfile de la victoria no es ir a buscar otro desfile, es negarse a desfilar, a cargar con el peso de la victoria. Cuando Sebald decide recuperar a Nossack para hablar a tumba abierta del sufrimiento atroz y gratuito provocado por los bombardeos ingleses sobre las ciudades alemanas en 1945, poco antes de la victoria final, ha decidido no cargar con el peso de la victoria. Cuando Ignazio Silone abandona el Komintern en la época de los juicios de Moscú, ha decidido no cargar con el peso de la victoria. Cuando Alberto Méndez escribe este libro y rompe el pétreo muro de silencio con el atrevimiento de sus temblorosas palabras, ha decidido no cargar con el peso de la victoria.

Lo terrible de lo aquí, en este país, acontecido, es que el silencio, convertido en tejido de las conciencias, ha provocado el mayor escarnio, aquel que escandalizaría tanto a Benjamin como a Roman Gary, a saber, que por medio de ese silencio quienes han cargado con el peso de la victoria, no digo con las consecuencias sino con el peso de la victoria, han sido los derrotados y quienes entraron en su línea de sombra. Los pocos escritores que no se adhirieron a la moral del éxito, aquella que decidió que ese tiempo pasado era del todo desechable y que mejor era ni mentarlo, incluso esos escritores no han encontrado las palabras para perforar ese silencio. El libro de Alberto Méndez pretende iniciar un camino que libre a los derrotados del peso de la victoria.

Parece una anécdota, pero no lo es, más bien es un terrible indicio trágico: en los expedientes de la policía franquista conservados en el Archivo Histórico Nacional, en cada hoja referida a los detenidos, condenados y torturados del franquismo, figuran unas letras moradas en un sello que en cada página inscri-

be la palabra “amnistiado” en mayúsculas. Los condenados y torturados resultan ser los amnistiados, cuando deberían ser, por la lógica de la famosa Ley de Amnistía, los amnistiadores. No es un simple *lapsus*, es la expresión cruel y simple de que a la hora del llamado perdón, los derrotados o condenados son obligados de nuevo, por los acuerdos políticos, a cargar con el peso de la victoria franquista. Mientras ese silencio opaco perdure, la idiocia moral seguirá siendo nuestra condición ambiental.

Ese silencio responde a una complicidad política de franquistas y no franquistas, es decir, de la gran mayoría de las personas, esa complicidad no está sostenida en ninguna generosidad como la propaganda ha querido promover para enaltecer la transición política. La generosidad hubiera sido la de quienes habían sido desprovistos de palabra y que por ello nada podían decir. No era la generosidad, era un común interés en olvidar y borrar lo que había sucedido en todos esos años. ¿Qué podían recordar los dirigentes de la oposición política?, ¿el sometimiento de los socialistas?, ¿el burdo y manipulador dogmatismo plagado de consignas de los comunistas?, ¿la complicidad de la burguesía desarrollista con el franquismo?, ¿la estupidez general de un consumismo en el que toda la población se complacía? No se ha de olvidar que esa población no era democrática ni tenía el menor interés por la democracia, a la que consideraba asunto de ociosos intelectuales. Todo eso era de lo que nadie quería saber y en ese silencio todos coincidían. Y de ese silencio salieron unos escritores o unos intelectuales que en ese desierto de palabras tomaron la palabra para enaltecer una nueva época en la que la moral del éxito no necesitaba vestirse con ninguna filosofía de la historia. Escribían como Victor Cousin, pero después de Hegel, sin ninguna necesidad de Hegel. Hegel era demasiado pesado, había que leerlo y ése es un trabajo que se aviene mal con la moral del éxito, que es perezosa y sólo hace cada día enaltecer el pragmatismo, lo fáctico, y se burla de las antiguallas de los que aborrecen el régimen, de los quejicas que todo lo critican, que no están contentos con nada. Y así, de ese modo, surgió esa pequeña pléyade de nuevos *satisfaits* que cada día escribían en su periódico la burla de un pensamiento crítico, puede que torpe, demasiado torpe en ocasiones, pero resistente. Eso obligó a muchos a un nuevo exilio interior, a la mudez, a volver a unas tertulias que discurrían con un aire de derrota que confirmaba la condena ya decidida sobre ellos: restos de tiempos pasados, críticos ajados o impotentes y neuróticos cuya necesidad de castigo les hacía ineptos para el éxito. Ellos, los de la moral del éxito, se llaman a sí mismos los cuerdos frente a estos neuróticos anclados en el descontento. Mientras, los jóvenes se volvían cada vez más idiotas o engraidos, o se largaban al extranjero huyendo de esta mediocridad general para estudiar o investigar o trabajar sin esa humillación constante de buscar un amigo de los padres que les enchufara con alguien, o un periodista que les nombrara en su crónica de sociedad.

Que el libro de Alberto Méndez haya sido escrito y haya traspasado ese doble muro de silencio, es un misterio, pero es también una prueba de que el poder es corrupto, que siempre termina por corromperse y que su putrefacción obliga de vez en cuando a abrir alguna ventana, aunque sólo sea por un momento.

El Olivar, 31/10/2008

Francisco Pereña es psiquiatra.